

Leg. 8º leguete 1º ——— nº 2

597

~~nº 2~~

**DE LA DOCTRINA HIPOCRÁTICA**

Y DEL INFLUJO QUE EJERCIERON EN LAS IDEAS DE SU AUTOR LAS IDEAS  
DE SUS PREDECESORES.

---

**DISCURSO**

LEIDO

por el Licenciado D. José Ametller y Viñas,

en el solemne acto de recibir la investidura  
de Doctor en Medicina y Cirujía.

---

**MADRID:**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. Casas y Diaz,  
calle del Lobo, 12, principal.

1858.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0597

2.

**DE LA DOCTRINA HIPOCRÁTICA**

y del influjo que ejercieron en las ideas de su autor  
las ideas de sus predecesores,

---

**DISCURSO**

LEIDO

por el **Licenciado D. José Ametller y Viñas,**

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR  
EN MEDICINA Y CIRUJÍA.



**MADRID:**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE **J. Casas y Diaz,**  
calle del Lobo, 12, principal.

**1858.**

HTCA

U/Bc LEG 8-1 nº597



1>0 0 0 0 2 8 6 3 4 4

DE LA DOCTRINA HIEROGLÍFICA

y del lenguaje que se emplea en las ideas de su autor  
las ideas de sus predecesores.

DISCURSO

LEIDA

por el Licenciado D. José Ametller y Viñas,

DE LA FACULTAD DE LEYES DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

LA MONTAÑA Y LITANIA



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. Casas y Díaz,

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0597

1858

Natura morborum medicatrix.

(Hip. Epid., sec. 6, n. 1.)

**Excmo. é Ilmo. Señor:**

**D**IFICILÍSIMA por demás es la prueba que exige el Reglamento á los que, como yo, aspiran en el término de su carrera á la insigne honra de sentarse en estos escaños. No de cualquier modo se serena el ánimo y se hace segura la voz ante este Cláustro, que cuenta las altas capacidades por el número de sus individuos, y que guarda en su seno los gloriosos recuerdos de tantas escuelas y de tantos varones, que desde remotas edades difundieron clarísimo esplendor en el orbe científico y literario.

Si el gran orador romano sentia un invencible temblor que agitaba todo su cuerpo, cada vez que se veia obligado á dirigir la palabra al Senado ó al pueblo de su patria, ¿qué

no sentiré yo, Excmo. Sr., al verme en esta cátedra, dominando por la severidad del Reglamento — que jamás lo consiguiera por mis méritos — á tan ilustre Asamblea, reunida en este instante para escuchar algunos mal coordinados pensamientos, fruto precoz — y por lo tanto malo — de una inteligencia lejana todavía de la época de su madurez debida! Solo una idea, si se quiere vulgar y cada dia repetida, pero tambien constantemente confirmada, puede darme en este trance la tranquilidad de que carezco.

Es bien sabido que la tolerancia y la benignidad son el patrimonio de los grandes hombres: y es fama tambien que, á fuer de tales, jamás tuvísteis vosotros una sonrisa de desden para aquellos jóvenes que, como yo, no sintieron en su vida el áura vertiginosa de la petulancia. Y aunque aspire, Sres., al derecho de usar vuestras honoríficas insignias y á ocupar un lugar en estos bancos, no achaqueis á presuncion lo que solo tiene por móvil el cariño filial y el deseo de colmar las esperanzas de mis padres.

Desde muy antiguo mi familia no posee más blason que el emblema de la Medicina; ni mis progenitores añadieron á su apellido más título, que el de Doctores en Medicina y Cirujía. ¿Estrañaréis, pues, Excmo. Sr., que me presente en este dia á pedirós la autorizacion de usar el título y el blason de mi familia?

Seguramente que en el modesto retiro de una capital de segundo órden, y en el humilde ejercicio de la medicina práctica, no podré arrojar, como vosotros, ese brillo con el que habeis conseguido enaltecer el Doctorado; pero, creedme, Sres., por respeto á él, y más aún por el culto que rinde mi corazon á las venerandas tradiciones de familia, procuraré de todas veras, siendo Doctor por Madrid, guardar ileso el buen nombre de algunos de mis antepasados, que lo han sido por Montpellier y Barcelona.

¿Con qué asunto habré de ocupar la atención de V. E.? Eligiéndole vulgar, parecería que tengo en poco las altas consideraciones que debo á este ilustre Cláustro; y eligiéndole difícil, es probable que mis débiles fuerzas no alcancen á darle cima: y si en esta alternativa me decido por lo último, tomadlo, Sres., como una prueba de mi afan por dejaros complacidos, y de lo mucho que haria en este momento, si mis facultades igualasen á mis deseos.

La Medicina, Excmo. Sr., como todas las ciencias, tiene su historia, sus épocas de apogeo, de transición y decadencia; ha sufrido grandes vicisitudes, cuando las sufrió la civilización; ha ejercido su influencia sobre los demás ramos del saber, y ha sido también profundamente influida por ellos.

Las edades y los pueblos la han grabado cada uno su sello y carácter peculiar, y se ha armonizado siempre con la civilización y filosofía de los siglos. Rama frondosa del árbol secular de la sabiduría, plantado por el Criador en el campo de la actividad humana, ha sufrido como la que más la influencia de la sávia que llamamos civilización, y de las tempestades que se fraguan en la atmósfera impalpable de los tiempos. Así que, el estado de nuestro arte ha sido, ora lozano y vivaz, ora mustio y enfermizo, según el grado y la índole de cultivo que han dado los pueblos al tronco común en que viven todas las artes y ciencias.

No cause, pues, maravilla el encontrar diferente el carácter de la Medicina en la India y en el Egipto, en las Repúblicas de Grecia y en el Imperio Romano, bajo la dominación árabe en España, y en la Europa moderna después del renacimiento. <sup>U. Que mucho, Sres. n.º 1.º</sup> La organización social, la religión, la filosofía, las leyes y las ciencias na-

turales nos ofrecen una índole peculiar en cada uno de dichos pueblos! Teniendo la Medicina tan grande solidaridad con la civilización, no podía permanecer inmutable allí donde esta pasaba por distintas fases.

En la antigüedad, como en los modernos tiempos, este hecho domina constantemente la marcha progresiva de la ciencia médica.

Es mística y sacerdotal en la infancia de la sociedad humana. Es filosófica y racionalista en medio del gran movimiento intelectual de la Grecia antigua. Brota como una de tantas flores en aquel campo feraz donde se ostentaban con toda la plenitud de su temprana belleza la filosofía, la poesía, la elocuencia, la política, la legislación, el teatro, la escultura y la arquitectura. Se fija algunos años en Alejandría bajo la ilustrada custodia de los Ptolomeos; pero cae con la nacionalidad egipcia ante las águilas triunfantes de las legiones romanas, para irse á fijar como una esclava dentro los muros de la ciudad eterna. Allí, gracias al poderoso genio de Galeno, toma una apariencia gigantesca, colossal, que solo es comparable en el orden intelectual con el *Corpus juris civilis*, y en el material con el palacio de Neron ó el Coliseo. Asimiladora, enciclopédica, formada con los secretos arrancados á la naturaleza por el espíritu de todos los pueblos avasallados al pueblo rey, recuerda aquellas colecciones legislativas, tomadas del estudio de todas las legislaciones del mundo, ó aquellos palacios levantados con los tesoros de toda la tierra conocida. La Medicina de Roma, lo mismo que su legislación y arquitectura, es la que domina exclusivamente por espacio de muchos siglos, y la que adoptan casi todas las naciones que quieren pasar por cultas. El pueblo romano, unitario y usurpador, respira en la vida científica los instintos de su vida política y social: más poderoso para amontonar, que para las grandes y su-

blimes concepciones , sus médicos más famosos se forman con la doctrina de Alejandría , de Gnido y de Coos , como sus arquitectos con la contemplacion del Partenon , y como sus legisladores con el estudio de Solon y de Licurgo. Con la caida del Imperio Romano la Medicina sufre la suerte de las demás ciencias : tambien se refugia en los conventos y en las catedrales : los clérigos enseñan y ejercen la Medicina , y los frailes legos la Cirujía. Los árabes la imprimen algo de su carácter oriental , como lo imprimieron á la poesía y á la arquitectura. En las universidades está sujeta , como sus hermanas , al criterio de la autoridad , á la autoridad de Aristóteles y á las sutilezas del escolasticismo , y las eternas disputas en la cuestion del brazo que debe ser sangrado en la pleuresía , bien pueden compararse con las disputas eternas de los nominales y realistas. En la edad media se honra con sus escuelas de Salerno , de Paris y Montpellier , como la pintura con sus escuelas de Pisa , de Florencia y de Venecia. No la falta un renacimiento como á las bellas artes , y tiene en Vesalio un Rafael y en Harvey un Miguel Angel. Es mística con Van-Helmon , y en el siglo XVII apoya sus teorías en Leibnitz y Descartes. No carece de visionarios y charlatanes , y posee un Nostradamus en Paracelso , y en Mesmer un Cagliostro. Tiene tambien su revolucion francesa y su triunvirato en Bichat , Cabanis y Brousseais , y sus hombres de la restauracion en Laenec , Bretonneau y tantos otros ; y con el espíritu moderno presente una gran transformacion , aunque en el dia oscila entre el justo medio y el régimen antiguo de las cosas.

Este tema fecundo de las relaciones de nuestro arte con la filosofía y la civilizacion solo puede ser en un pequeño período el objeto de mi discurso. Ni posible me fuera por la cortedad de mis recursos , <sup>UNA BHS CFC 08-11-0597</sup> dado que pudiera orillar la falta de tiempo , emprender de un modo general y completo ese

estudio sublime, manantial de tan grandes y elocuentes lecciones.

El desentrañar la influencia que ejercieron en Hipócrates sus contemporáneos y predecesores, los trabajos que prepararon el origen de la doctrina hipocrática, el análisis del terreno en que se desarrolló el baobad inmemorial de la Medicina, serán harta tarea para mis fuerzas y para el tiempo que me concede la respetable ley de la costumbre. No dudo que este asunto seria por sí solo muy digno de ocupar por breves instantes la atención del Claústro de la Universidad central, si el que tiene la honra de dirigirle la palabra poseyese el talento y la elocuencia necesarios para ello.

¡Oh! ¡cómo envidio en este momento los vastos conocimientos de Morejon, el espíritu filosófico de Piquer y las dotes oratorias de Andrés Laguna!

En la íntima convicción de que me faltan, preciso será que entre en materia; acaso fijando vuestra atención en la importancia del asunto, olvidaréis la pequeñez del orador que lo discute.

Los griegos, Excmo. Sr., escribieron en el templo de Delfos un apotegma sencillo y compendioso, que despues han repetido y sancionado todos los sábios de la tierra. Aquella corta sentencia, que vale por muchísimos discursos, solo contenia esos lacónicos pensamientos: *conócete á tí mismo, y de nada con esceso*. Y como que el conocimiento de nuestro propio sér y de nuestro destino como hombres de ciencia puede averiguarse con deslindar y resolver estos tres grandes problemas de nuestra existencia: el á dónde vamos, qué somos y de dónde venimos; esto es, el porvenir, el presente y el pasado; habrémos de llegar tanto más pronto á tener una idea bien precisa de los primeros términos de la incógnita, en cuanto nos esforcemos en es-

tudiar atentamente nuestra historia, las condiciones que determinaron nuestro origen y las causas que nos han traído á nuestro estado actual.

¿De dónde venimos? La resolución de este problema es la filosofía de la historia de nuestro arte; abraza el estudio de todas las escuelas y de todos los sistemas de Medicina, y es el encadenamiento y enlace de los más antiguos con los más modernos.

Venimos, Sres., del fondo de los templos entallados en el seno de las montañas graníticas de la India; hemos vestido el ropon y hemos hablado el idioma de los bracmanes; hemos sido los sacerdotes de Siva; hemos mamado los calostros de la ciencia en el *Vagadasastir*, escrito en lengua sanscrita; hemos ejercido una medicina mitad humana, mitad mística, que así tendia á modificar el estado de los órganos, como á desagraviar á aquella divinidad airada, causa presunta de las dolencias del hombre; hemos pasado el Ganges, y nos hemos establecido en las sagradas orillas del Nilo; fuimos los sacerdotes de Isis, Osiris y Serapis, y aprendimos las primeras observaciones de la naturaleza, así como la liturgia del Egipto, en el libro sagrado y en la *Coleccion hermética*, escritos en confusos geroglíficos; hemos pasado el Helesponto y nos hemos establecido en las playas encantadoras del mar Egeo y del Ponto Euxino; hemos querido ser de divino origen por el intermedio de Esculapio y Apolo; acompañamos al pueblo de Dios en sus penosas emigraciones, y hemos vestido la blanca túnica de los levitas. Nuestro origen, como el de la humanidad, se pierde en la noche de los tiempos. Hijos y sacerdotes de los dioses, hemos practicado la Medicina en los templos, y hemos unido los primeros remedios con los primeros sacrificios. Nuestro primer carácter y nuestra primitiva ciencia, confusos é indescifrables como el principio de todas las cosas, debieron

esperar los adelantos de la civilización que debía ramificar hasta el infinito aquel primero y diminuto *punctum saliens* de la sabiduría de los hombres.

No pudimos, sin embargo, conservar eternamente ese carácter, y al adelantar la humanidad en su camino, se modificó profundamente la organización social y con ella la índole de las ciencias y las letras. Los sacerdotes no debían ejercer por tanto tiempo el monopolio de la Medicina, y ésta, que ensanchaba de día en día su dominio, parecía estar violentada en el estrecho recinto de los templos. Pero casi nunca, Excmo. Sr., los grandes y fecundos cambios tienen lugar de una manera repentina. La civilización, como la naturaleza, es enemiga de los saltos, y antes de las fecundas revoluciones hallamos siempre épocas de transición que las preparan lentamente.

El principio de la autoridad sacerdotal debía verse sustituido por un criterio eminentemente racionalista, y la Filosofía y la Medicina no podían pasar de una manera demasiado brusca, desde un criterio notable por su estrechez, á otro criterio cuya libertad no reconocía límites.

Los Asclepiades recuerdan por un lado los institutos sacerdotales de la India y del Egipto; pero en el seno mismo de los templos en que habitaban, germinaba la semilla de la revolución que debía acabar con todos ellos. Porque si bien conservaban como poderoso auxiliar de su terapéutica las prácticas religiosas importadas del Oriente, y se valían todavía de los cantos mágicos, de las purificaciones y expiaciones, sentían sin embargo la necesidad de adelantar en la esplicación de los secretos de la vida y en la curación material de las dolencias <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ac mihi certè, qui primi hunc ostentatores, qui se valdè pios esse morbum ad deos retulerunt, tales plurimumque scire, simulant, esse videntur, quales sunt magi, ex- Hi quippe divinitatis obtentu accipiatores, circulatores, ac arrogantes prætextu, cum nulla ope prodesse

Por otro lado, la secta pitagórica daba ya la señal de la emancipación del espíritu humano. Contemporizaba con el sacerdocio y con las antiguas creencias de la Grecia, atemperándose á las costumbres antiguas, pero solo en la forma, en lo exterior y perceptible.

Pitágoras, su jefe, halagaba todavía la credulidad de sus contemporáneos, vendiéndose como inspirado por los dioses. Sabia la mágia, la ciencia adivinatoria y la interpretación de los sueños, que habia aprendido en sus viajes al Egipto. Creia ó fingia creer en los amuletos y en las virtudes sobrenaturales de las plantas. Usaba el lenguaje simbólico, y obligaba á sus discípulos á pasar por noviciados muy difíciles. Ejercia dominio sobre la comunidad, y exigia á sus sectarios una ciega obediencia. Tal era el hombre de la antigüedad, que no se atrevia á romper abiertamente con las costumbres y el carácter de los griegos. Pero Pitágoras nos ofrece, como Jano, otra cara que miraba á lo futuro.

Su sistema daba esplicación del origen de los cuerpos; abarcaba la naturaleza del principio vital, que atribuia al calor, y la esencia y destino del alma humana; esplicaba las relaciones de los sentidos con el espíritu, y fijaba el asiento del alma racional en el cerebro, y de la irracional en el corazón, que consideraba como el centro de la vida. Definía la salud una armonía, y la atribuía á la continuación de la organización primitiva de nuestro cuerpo.

Sus discípulos fueron continuando su obra, y esplicaron con solo la razón, ó con la ayuda de escasos y mal observados hechos, el misterioso mecanismo de todas las funciones del hombre.

possent, ne inscitiam suam proderent, sacram hanc esse affectionem, censerunt, et additis idoneis rationibus, tutam sibi curationis viam proposuerunt, oblatis expiationibus et incantationibus, balneisque interdicitis et multis cibis ad laborantium usum minime accommodatis. (Hip., *De morbo sacro liber, cap. II.*)

El ejemplo estaba dado: desde aquella época, la ciencia adquirió un carácter distinto del que habia tenido por espacio de tantos siglos en todas las naciones de la tierra.

La emancipacion del individuo, erigida sobre las ruinas de las castas y de las clases, rompiendo los lazos que sujetaban al hombre y levantando muy alta la libertad de su espíritu, tuvo quizás una gran parte en la revolucion que estudiamos.

Por esto fué la Grecia, y no podia ser otra nacion, la destinada á ser teatro de ese cambio tan radical y tan fecundo. Solo ella habia sabido conquistarse la libertad política; solo ella era digna de prohijar la libertad moral que acababa de venir al mundo.

Al lado de la escuela itálica, y como corolario de la revolucion que acababa de verificarse, se levantaba otra escuela de ideas más ó menos encontradas. Proclamada la libertad, debia aparecer la discusion como una de sus inevitables consecuencias.

Thalés de Mileto fué el jefe de la escuela jónica, como Pitágoras el de la itálica. Aquel esplicaba el origen del mundo por el agua, que consideraba como la causa material, y por la voluntad de Dios, al que llamaba la razon del universo. El sistema de Thalés nos recuerda las antiguas tradiciones, que contemplaban el Occéano como el padre de la tierra, y las modernas teorías de los geólogos de nuestros dias, que admiten que la forma líquida ha sido la primera que tuvo la materia. Creia tambien que un sér inteligente era la causa de su fuerza, y consideraba el principio del movimiento que existe en los cuerpos de la naturaleza, como un genio ó un alma. Plutarco le atribuye la creencia de que el mundo era comparable al cuerpo humano, y que el universo era una especie de sér animado, cuyos movimientos estan regularizados por una comun inteligencia.

Empédocles estableció la teoría de los cuatro elementos, mal llamados de Aristóteles, porque la prioridad de la doctrina que los establece no pertenece á éste, sino al filósofo de Agrigento; y aun en rigor Empédocles no hizo más que conciliar y reunir los sistemas de algunos filósofos, que habian atribuido á cada uno de dichos elementos la esclusiva propiedad de ser el origen de los cuerpos <sup>1</sup>.

Creyó que la base de los elementos eran los átomos, ó sea la materia inmensamente dividida. Estableció el principio de la atracción y repulsión, que llamó de amistad y enemistad, por la primera de cuyas causas el universo habia salido del caos, debiendo por la segunda volver á caer en él.

Materialista en extremo grosero, todo lo atribuía á la materia bruta, sustituyendo á la idea de una inteligencia creadora la de una ciega casualidad.

Anaxágoras admitía que el caos habia existido eternamente, y que consistía en la confusa reunión de los corpúsculos similares y disimilares. La divinidad, decía, eterna como el mismo caos, unió los corpúsculos afines, y dió origen á los cuerpos sensibles.

Insiguiendo una idea muy en boga en la filosofía de aquellos tiempos, admitía que el alma del hombre, así como la de los animales y vegetales, no era más que una emanación de la gran alma del universo.

Leúcipo y Demócrito fundaron una tercera escuela filosófica, á la que dieron el nombre de ecléctica. Admitieron la doctrina de los átomos, fundándola en nuevas y sutiles pruebas. Atribuyeron las diferentes propiedades de los cuerpos, antes á la diferente forma, que á la distinta naturaleza

<sup>1</sup> Los cuerpos, según Thalés, <sup>UVA. BHSC. CEG. 08-1 n.º 0597</sup> Mileto, del aire; y según Xenofanes, procedían del agua; según Pitágoras, del fuego; según Anaximeno de

de sus elementos. No hacian intervenir en la creacion de los cuerpos una suprema inteligencia, y separándose del sistema de Thalés y Anaxágoras, esplicaban la formacion del mundo por la fortuita reunion de los elementos que se agitaban en el caos.

La doctrina acerca del alma humana era bastante contradictoria, puesto que al paso que veian en ella la causa del movimiento, pretendian que era de figura esférica, de naturaleza ígnea y aérea, y esencialmente indivisible.

La Grecia, más adelantada en la libertad de las cátedras de sus filósofos, concedia ó toleraba á Demócrito lo que no habia podido conceder ni tolerar á su antecesor Empédocles; esto es: la enseñanza pública y libérrima del más completo materialismo.

¿Deberé hablar, siquiera ligeramente, de Diógenes, de Heráclito, de Demóceto, de Acron, de Ico, de Euriphon y de Ctesias?

Filósofos los unos, filósofo-médicos los demás, la exposicion de sus ideas no podria convertir en un cuadro regular y completo esta sumaria reseña de las escuelas de la Grecia.

Mi ánimo ha sido, antes que todo, estudiar el genio de la filosofía anterior y contemporánea del gran Hipócrates. Porque si la naturaleza de las ideas más admitidas en aquellos lejanos tiempos pudo tener una influencia directa y real en el fondo de las doctrinas hipocráticas, no la tuvo menos decisiva la práctica reinante, que enseñaba á todo el mundo, con el enérgico lenguaje del ejemplo, á prescindir del elemento de autoridad y á fundar un sistema más ó menos original, siempre que existiese un talento observador capaz de rectificar las observaciones ajenas, ó una atrevida razon con brio suficiente para levantarse á la altura de los sábios de su tiempo.

El padre de la Medicina poseía estas dos cosas en grado muy eminente. En otra atmósfera intelectual, es decir, en otro país y en otros tiempos, tal vez sus grandes facultades se hubieran empleado en continuar la obra iniciada por los demás, ó á modificarla en tales ó cuales detalles.

En la Grecia de aquella época, Hipócrates pudo hacerse el jefe de una nueva escuela, y por la índole de las ideas que formaban su conjunto, el padre de una ciencia. Y como si el destino hubiera querido disponerlo todo de la manera más perfecta, el viejo de Coos floreció en el período mejor de entre los buenos tiempos que cupieron á la Grecia.

Corría el siglo de Péricles, uno de aquellos en que la humanidad parece experimentar la superabundancia de la vida intelectual, así como en otros tantos siente el exceso de la fuerza bruta. En el primer caso, los pueblos se abren á la cultura y á la civilización, como en la primavera las yemas de los árboles se abren al calor del sol y á la templanza de las áuras: en el segundo, el vigor de las naciones se traduce en el espacio por las guerras y conquistas, como el acúmulo de atmosférica electricidad acaba siempre por tempestades y desastres.

Esas primaveras del espíritu humano se han llamado: en Grecia, siglo de Péricles; en Roma, siglo de Augusto; de los Ptolomeos, en Egipto; de Haraun-al-Raschid, en Arabia; de Abdor-rhaman I y de Hixem II, en la España mora; de los Médicis, en Florencia; y de Julio II y Leon X, en la ciudad eterna.

Hipócrates, contemporáneo de Platon, de Sócrates, de Phidias, de Euriphon, de Péricles y Demócrito, entró con ellos en la más noble de las luchas, en la que tiene por armas el talento y por objeto la gloria; y no se tome á parcialidad si digo que Hipócrates no llevó la peor parte.

Descendiente de una larga prosapia de médicos distin-

guidos, pudo aprender en el hogar doméstico las tradiciones prácticas laboriosamente atesoradas por espacio de muchos años. Estudió en Coos, y no contento con la enseñanza de aquella escuela, la más célebre entonces de todo el mundo conocido, quiso completar su educación médica á beneficio de largos viajes por el Asia Menor, la Tracia, la Macedonia y la Tesalia. En ellos recogió un gran número de observaciones, cuya comparacion le puso en relieve la influencia del clima, de la localidad, de los usos y costumbres en la naturaleza de las enfermedades y en el modo de curarlas.

De regreso á su patria emprendió la redaccion de aquellos grandes monumentos del arte, que han pasado, como otra arca de Noé, á través del diluvio de vicisitudes acumuladas durante veinte y tres siglos, sin conmovirse ni resentirse.

¡Tal es el poder de la verdad, única é inmutable en todos los tiempos y paises!

Pero ni todo lo que lleva el nombre de Hipócrates puede darse por auténtico, ni todo lo que la crítica más sensata le atribuye puede darse por igualmente memorable. El viejo de Coos, en toda su colosal grandeza, no pudo sustraerse al influjo de la época en que vivía. Su figura descuella inmensamente sobre las de sus contemporáneos y predecesores; pero contacta por los pies con las ideas más ó menos erróneas — y á decir verdad inevitables — de la Medicina de aquellos remotos tiempos.

¿Qué extraño, Sres., que falto de la antorcha de la química, admitiese los cuatro elementos del filósofo de Agrigento? ¿Y ha de causar á nadie maravilla, que careciendo del apoyo de las investigaciones cadavéricas, diese una importancia tan principal á los humores de nuestro cuerpo? Puede existir el error — y de seguro que existe — en la parte de sus aforismos que tratan de las enfermedades del sexo; pero

¿quién es el hombre que no ha caído en él, admitiendo las aseveraciones ajenas, falsas sí, pero formalmente presentadas por hombres cuyo carácter y saber les hacia fidedignos?

Hipócrates vió y observó mucho; pero no pudo verlo y observarlo todo: su buena fé le llevó á suplir los vacíos de su cuerpo de doctrina con los juicios fundados en las observaciones de otros; y no fué tanta su culpa, si en vez de deducciones apoyadas en la práctica, se encontró con engañosas quimeras.

Dejemos á un lado estos y otros defectos que podríamos descubrir en las obras del padre de la Medicina; por más que la admiracion del vulgo le hacia descender directamente de los dioses, al fin era su naturaleza humana, y la perfeccion no podia ser su patrimonio.

En Hipócrates empieza un nuevo período filosófico. Hasta su tiempo la naturaleza habia sido observada de una manera secundaria, y aunque el sensualismo alboreaba ya en las obras de algunos filósofos, todavía la razon pura era considerada como la primera palanca para arrancar la verdad de entre la escoria de ilusiones que los sentidos producian. El padre de la Medicina rompe con ese sistema, y con su ejemplo, y en sus obras, el método de observacion recibe una de las más altas sanciones que podian caberle en aquellos tiempos <sup>1</sup>.

Hipócrates estudió las teorías médico-filosóficas en los libros de sus predecesores; pero este estudio fué para él muy secundario al lado del de la naturaleza en el gran libro del hombre enfermo. En vez de lanzarse, como tantos

<sup>1</sup> Les soins actifs et l'empressement de la famille d'Hippocrate avaient purgée la Médecine de toutes les jongleries inventées par la fourberie, l'ambition et la cupidité des prêtres, et l'avaient rapprochée davantage de sa véritable destination, en la fondant sur l'expérience et en la dégageant de toutes les subtilités des sectes philosophiques. (Kurt Sprengel, *Histoire de la Médecine*, traduite par A. J. L. Jourdan, t. I, pág. 282.)

otros, á la resolucion de los problemas de la Medicina con el auxilio del método deductivo, prefirió seguir un camino, á la verdad más penoso, pero menos ocasionado al error, que el que emprendieron otros médicos. Parecióle más positivo proceder por induccion, y no aventurarse á establecer principios generales, hasta despues de haber recogido muchas y bien apreciadas verdades particulares en que apoyarlos y cimentarlos <sup>1</sup>.

Con esta mira empezó á recoger las tablas votivas que existian en los templos de Esculapio y Apolo, y que no eran más que observaciones en bruto — pero al cabo observaciones — capaces de poder ser esplotadas con grandísimo provecho para la ciencia que cultivaba.

Ya hemos dicho que recibió á título de patrimonio de familia, la esperiencia de sus abuelos, así como que en las principales escuelas de su tiempo pudo poner á contribucion la de sus más ilustres contemporáneos. Rico con ese tesoro de verdades prácticas, quiso sin embargo aumentarlas con las de su propia esperiencia, dedicándose con singular ardor á la observacion de las enfermedades reinantes. En esta tarea el viejo de Coos no ha tenido rival en ningun tiempo. Anotaba con muchísimo cuidado las vicisitudes atmosféricas

<sup>1</sup> Qui igitur ista norit, ad curationem aggredi debet, neque prius ad ratiocinationis persuasionem, quam ad usum, cum ratione conjunctum animum adhibere.

Ratiocinationem igitur plurimum laudo, siquidem ex fortuita occasione initium ducat, et ipsam delationem ex apparentibus via quadam persequatur. Ex his enim quæ manifesto perficiuntur, si ratiocinatio initium duxerit, in mentis potestate, quæ ab aliis singula recipit, esse deprehenditur.

Quamobrem existimandum est, naturam a multis et cujuslibet generis

rebus, vi quadam cogente, moveri ac doceri. Mens autem ubi ab ea acceperit, quemadmodum ante dixi, postea ad veritatem deducit. Quod si non ex evidenti incursione, verum ex probabili rationis fictione initium ducatur, plerumque gravem et molestam infert affectionem. Ii verò nulla via rem ipsam aggrediuntur. ¿Quidnam enim mali contingat, si mercedem auferant, qui medica opera publicè malè exercent? At nunc ægrotis ipsis, cum sint extra culpam, non satis esse vis morbi visa est, nisi etiam medici imperitia accederet. (Hip., *De natura hominis liber*, cap. I.)

que precedian y coincidían con el desarrollo de las epidemias: investigaba con inaudita solícitud la influencia que tenían en la enfermedad las condiciones del enfermo: seguía el curso de aquella día por día, señalando en cada uno los síntomas que se presentaban: comparaba la marcha de un mismo mal en distintos individuos, para deducir por la constancia ó rareza de los síntomas la importancia de cada uno: se fijaba con predilección en las relaciones que tenía la aparición de un fenómeno morboso con los cambios subsiguientes en las dolencias: de esta manera adquiría el conocimiento de la señal, y establecía las bases de la parte semiótica, que inició y desarrolló, dejando á sus sucesores poca cosa que añadirle <sup>1</sup>.

Falto de los grandes recursos que tenemos en el día para hacer abortar un buen número de enfermedades, sabía esperar las crisis, predecirlas, prepararlas y ayudarlas. La terapéutica, siempre en armonía con la idea que tenía de la enfermedad, la atemperaba no obstante á los resultados de la experiencia.

De este modo, después de observar y estudiar al hombre enfermo, con aquel afán que le hacía exclamar que la vida era corta para tanto; después de comprobar unas con otras observaciones antes de sentar un principio, para lo cual todo le parecía poco al objeto de evitar el error, susceptible de infiltrarse hasta en la misma experiencia; Hipócrates pudo

<sup>1</sup> Quænam in his, quæ ad morbos spectant dignotio facienda sit, facile discemus, ex communium omnium, et cujusque propria natura, ex morbo et ægroto, ex his quæ offerentur, et eo, qui offert. Nam et ex his melius et gravius se habent. Præterea ex universali ac particulari aeris conditione, et regionibus cujusque, ex consuetudine, victus ratione, et genere, ex cujusque ætate, ægri sermonibus, moribus, silentio, imagi-

nationibus, somniis, vigiliis, ex insomniis, quæ, qualia et quando obveniant, videndum est, bellicationibus, pruritibus, lacrymis, ex accessionibus, dejectionibus, urinis, sputis, vomitionibus. Videndæ sunt etiam, quæcumque fiunt morborum vicissitudines et ex quibus, in quos succedant, et quinam abcessus periculis aut resolutionem portendant; etc. (Hip., *Epidemicorum*, lib. I, cap. IV.)

dogmatizar una ciencia por un camino y con un método en cuya contemplación debieron de aprender mucho los filósofos de su tiempo.

Sobre tales y tan firmes cimientos asentó el edificio del autocratismo vital, que constituye la esencia del hipocratismo.

El padre de la Medicina admitía en el hombre un principio de vida, independiente de la organización, diferente del alma y distinto de todas las fuerzas del mundo físico <sup>1</sup>. Las enfermedades, según su sistema, empiezan por afectar á este principio, y no proceden jamás de lesiones locales. Si estas aparecen como síntomas más ó menos definidos, son otras tantas consecuencias de la alteración del principio vital, que todo lo domina.

La enfermedad, por una consecuencia muy lógica, debió de ser en la doctrina de Hipócrates otro ente de razón, otro principio inmaterial, capaz en su igualdad de naturaleza de afectar de una manera primaria al principio de la vida.

Si la enfermedad hubiera sido corpórea, tangible y material, hubiera debido empezar por afectar al organismo, y en este caso la doctrina del viejo de Coos hubiera falseado por sus cimientos. Los trastornos orgánico-funcionales eran para él como un eco de la gran lucha que tenía lugar entre estas dos grandes potencias: la enfermedad y la vida <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> La manière d'agir de la nature par l'entremise des facultés ou forces vitales consiste, selon lui, á attirer, ce qui est bon ou ce qui convient á chaque espèce, á le retenir, á le préparer ou le changer, et de l'autre á rejeter ce qui est superflu et nuisible, après l'avoir séparé de ce qui est utile. C'est sur ces principes que roule sa physiologie. Il admet une affinité entre les diverses parties du corps qui fait qu'elles compartissent réciproquement aux maux qu'elles souffrent, comme elles partagent le

bien qui leur arrive en commun, selon la grande maxime qu'il établit que *tout concourt, tout consent, tout conspire ensemble dans le corps.* (Leclerc, *Hist. de la Méd.*)

<sup>2</sup> La maladie est pour lui un être de raison, un sorte de principe immatériel qui affecte le principe vital. On n'est pas malade par ce que telle ou telle organe est altérée, bien qu'on ne le soit pas parce que telle ou telle fonction ne s'exécute pas bien, mais parce qu'un principe morbifique est entré dans l'organisme, et c'est ce

Si ahora meditamos un poco acerca de estas ideas de la doctrina hipocrática, veremos como una de sus consecuencias mas óbvias, el por qué su autor confiaba poco en los medicamentos. Ageno á la presuncion de querer espiritualizar la materia, como los homeópatas de nuestros dias, se veia imposibilitado de intervenir con medios materiales y corpóreos en el gran drama de la enfermedad, eminentemente inmaterial en su parte la más importante, es decir, en su fondo, en su esencia y naturaleza <sup>1</sup>. Porque si bien en la doctrina hipocrática la crudeza, la coccion y la crisis son todos fenómenos que se realizan en el mundo de la materia, lo verifican de una manera secundaria, y como el efecto tangible en los instrumentos de un principio de mayor entidad y categoría.

Por esto Hipócrates se contentaba con observar esperando, con ayudar y encaminar, hasta donde le permitia la influencia de los medicamentos sobre el organismo y del organismo sobre la vida, la conclusion de aquella lucha en que el principio vital lo era todo. Él quedaba vulnerado á consecuencia de la enfermedad, y de él partia la reaccion que debia espeler el elemento morbosos <sup>2</sup>. El médico era como su ministro ó intérprete, estando obligado en todos los casos á atemperarse á las tendencias de dicho principio y á espiar

principe qu' il faut tenter d'expulser, sans se preoccuper des accidents secondaires. (Remusat, *Hippocrate, sa vie et ses écrits, les écoles de Cos et de Gnide, et les écoles modernes.*)

<sup>1</sup> Quæ judicationem subeunt, aut jam perfectè subierunt, ea neque moveto, neque medicamentis, neque aliis irritamentis innovato, sed sinito. (Hip., *Aphorismi*, lib. II, afor. 20.) In morbis acutis raro, et per initia, medicamentis purgantibus utendum, idque diligenti ante adhibita circumspectione faciendum. (Loc. cit., lib. II, afor. 24.) Per morborum initia, si quid movendum videtur,

moveto. Cum verò vigent, quiescere præstat. (Loc. cit., sect. II, afor. 29.)

<sup>2</sup> Un médecin aussi attentif ne pouvait manquer de reconnaître que les efforts de la nature tendent presque toujours au rétablissement de la santé, quoique la guérison n'en soit pas constamment le resultat; et sans doute on doit lui attribuer cet axiome célèbre: *la nature est le premier des médecins*; malgré qu'il se rencontre dans un ouvrage apocryphe. (Sprengel., oper. cit.) Invenit natura sibi ipsi vias non excogitatione..... et cum nihil didicerit, facit quæ expediunt. (*Epid.*, lib. VI, sect. 5, n. 2.)

sus indicaciones ; y si manifestaba indicios de quererse valer de tal ó cual aparato de secrecion para efectuar la crisis y terminar de esta manera la última jornada de la lucha que sostenia , era preciso ayudarle, ponerlo todo en armonía con esa indicacion , y no desviarla jamás con la intempestiva administracion de medicamentos perturbadores <sup>1</sup>.

Era un corolario de la doctrina de Hipócrates el proscribir los tratamientos analíticos: para él los síntomas, en sí, no tenían otro valor real, que el de dar á conocer los cambios que se efectuaban en otra esfera más elevada; por esto se detenía más en los generales que en los locales; por esto no los combatía individualmente, y con este motivo interpelaba á Euriphon, el jefe de la escuela gnidiana, con las siguientes palabras: « En vuestras descripciones de las enfermedades internas, obráis como un hombre del vulgo que ignorase la ciencia. Dais el mismo valor á las cosas más diversas: de aquí resulta que veis casi tantas enfermedades como enfermos, puesto que para vos cada síntoma es una enfermedad que exige un tratamiento aparte; y debeis saber que los síntomas varían con la edad y el género de vida de la persona enferma. Si perdiésemos de vista estas ideas, la tisis de uno no seria como la tisis de otro, y así se introduciría una gran confusion en la patologia; las enfermedades serian demasiado numerosas, y las reglas generales imposibles. »

En efecto, los gnidianos eran el reverso de la medalla de los hipocráticos. Aquellos en su sistema analítico olvidaban los principios de la semiótica, descuidaban el estado general, y considerando cada síntoma en particular, se esforzaban en combatirle. Para los de Gnido, la enfermedad no

<sup>1</sup> Ubi verò ista de se significatio — sa citra noxam ea emittat, remissa nem præbuerint, neque ea sponta verò et languida, artis peritis, quæ natura dimittit, necessarias vias porro facienda sunt planè indicat. quasdã invenit, per quas vi impul- (Hip., *De arte liber*, cap. IX.)



que cometeria con abusar por más tiempo de la benevolencia del Cláustro, he debido tener en consideracion la naturaleza de los pensamientos que resaltan en dicha obra.

Aunque en verdad seria una insensatez buscar en Hipócrates ideas de distinta naturaleza. El carácter del pueblo, y la época en que vivió, los ejemplos que nos ofrece la historia de su país, el espectáculo de un puñado de griegos que ponian á raya la sed de conquistas de aquellos monarcas persas, que iban acompañados de los mayores ejércitos que ha visto jamás el mundo, no podian menos que levantar el espíritu de Hipócrates contra la tiranía, é impulsarle á estudiar el genio de aquellos hombres que seguian como rebaños las huellas de sus señores.

En el sublime capítulo que intitula « *Cur Asiani timidi sint et imbelles* » está toda entera un alma igual á la de Milciades y Leónidas. Y en verdad que si la anécdota referida por Stobeo, y la contestacion que dió el de Coos á un emisario de Artaxerxes Longi-mano, pueden ser otras de las muchas ficciones que se han inventado acerca de la vida del padre de la Medicina, si se atiende á sus altos y patrióticos sentimientos, tienen por lo menos muchos visos de verosimilitud. En una palabra: el libro que nos ocupa, ha recibido la sancion de pensadores tan eminentes como Cabanis y Montesquieu <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Cur Asiani timidi sint et imbelles.*

Atque hunc quidem in modum, qui Asiam et Europam incolunt, tum natura, tum forma inter se differunt. Quod autem ad animi ignaviam et mollitiem attinet, cur Asiatici Europæis minus bellicosi existant, et moribus sint lenioribus, anni tempestates in causa sunt, quæ non magnas, tum ad calorem, tum ad frigus per-

mutationes faciunt, verum similes permanent, unde neque mens stupore percellitur, neque corpus vehementer a suo statu dimovetur. Ex quibus iram exasperari, ac prudentiæ et caloris compotes fieri magis æquum est, quam si eodem semper statu permaneant. Mutationes enim inter omnia hominis mentem semper excitant, neque sinunt quiescere. Quas ob causas mihi Asiaticorum genus omni ope destitutum videtur, quibus præterea eorum instituta accedere debent. Multo enim maxima pars Asiæ regum imperio regitur. Qui verò sui potestatem non habent, neque sui juris sunt, sed dominis sub-

Tales son, en resúmen, los trabajos del más grande de los médicos; tal es el cuerpo de la Medicina antigua: Hipócrates la dió unidad, elevóla al rango de ciencia de primer orden, y por su conjunto tan filosófico y racional, mereció que Platon esclamase en su *Gorgias*: la Medicina es una ciencia que busca la naturaleza del objeto de que trata, la causa de lo que hace, sabiendo darse cuenta de cada una de sus cosas.

Hemos visto la estatua del arte médico deforme y confusa en su principio, como las mismas divinidades de la India: la hemos contemplado como una especie de esfinge sagrada é inmóvil en medio del quietismo de los pueblos del Asia: la hemos visto en Grecia, donde ha perdido su carácter divino y misterioso, para hacerse más regular y más humana; ha empezado por mejorar en su conjunto, adqui-

diti, ii rerum bellicarum nullam curam habent, sed ut ne bellicosi videantur. Neque enim æqualia pericula impendent. Hos siquidem pro dominis in militiam proficisci, et labores tolerare, mortemque oppetere necesse est, relictis domi liberis uxore ac reliquis amicis. Quod si probè ac viriliter se gesserint, inde dominis opes augentur et crescunt, ipsi, præter pericula et cædes, nullum fructum percipiunt. Ad hæc ab hujusmodi hominibus, propter rei militaris inertiam ac otium, regionem relinqui necesse est, cum ut quisque natura fortis est et magni animi, ita maxime leges detrectat.

Cujus rei hoc magnum est indicium, quod quicumque in Asia Græci ac Barbari dominis minime sunt subditi, sed liberi, et sui laboris quæstum faciunt, ii omnium bellicosissimi existunt. Sibi enim pericula subeunt, et ut fortitudinis præmia reportant, ita ignavia præmia luunt. (Hip., *De aere, aquis et locis liber*, cap. IX.)

Sunt autem in Europa gentes, tum

magnitudine, tum forma, tum magnanimitate inter se differentes. Varietatis causæ eædem, quæ supradictæ sunt, quasque jam manifestius aperiam. Qui regionem quidem montanam, asperam, altam et aquis carentem incolunt, et anni temporum mutationes habent admodum differentes, illic hominum formas magnas esse par est tum ad laborem, tum ad robur a natura optime esse comparatas, at agrestibus et ferinis moribus ejusmodi naturæ non parum sunt præditæ. At qui loca concava, herbosa et æstuosa habitant, quique ventis calidis magis, quam frigidis perflantur, et aquis utuntur calidis, hi magni quidem esse non possunt, neque recti et ventre substricto, in amplam verò corporis molem a natura producuntur, corpore sunt carnosio, et capillis nigris, colore potius nigro, quam candido, et minus pituitosi quam biliosi. At animi robore et labore tolerantia non æque a natura valent, sed accedens vitæ institutum id efficit. Quod si flumina ea regio habeat quæ stagnantes et pluvias

riendo espresion en aquellos brazos que no debian volverse á pegar á lo largo de su cuerpo, como símbolo de la estúpida inmovilidad del fatalista; y de progreso en progreso, ha encontrado en Hipócrates un Phidias, que con la fuerza de su talento ha sabido infundirle una belleza que aún en el dia admiramos en éxtasis de veneracion y de respeto.

HE DICHO.

aquas educunt, ii incolumes degunt, et colore cutis sunt splendido. Sin verò nulla sint flumina, aquasque fontanas statarias et male olentes bibant, has ventri et lieni noxias esse necesse est. Qui verò regionem altam, planam, ventis perflatam, et aquosam incolunt, ii corporis habitu sunt prægrandi, inter se similes, et erecti, et animo tranquilliore. At qui gracilia et arida loca, aquis carentia, et nuda tenent, neque temperatas habent anni temporum mutationes, hæc in regione homines duro et robusto corporis habitu esse par est, et colore flavo potius, quam nigro, moribus et animi appetitionibus sibi nimis placentes et superbos et in concepta opinione permanentes. Ubi enim anni temporum mutationes, tum crebræ, tum plurimum inter se differunt, ibi et formas, et mores, et naturas plurimum diversas comperias.

Atque hæc quidem maximæ causæ sunt, cur naturæ permutentur, deinde etiam regio, in qua quis nutritur, et aquæ. (Hip., *De aere, aquis, etc.*, cap. XII.)

On prétend qu'Hippocrate fut appelé à la cour d'Artaxerxe Longe-Main, et qu'il refusa de se rendre à l'invitation du souverain des perses, parce que des devoirs sacrés le retenaient dans sa patrie. Quoique la correspondance qu'on lui attribue avec le satrape Histanes soit indubitablement apocryphe, il paraît cependant qu'on ajoutait foi à cette anecdote dont Galien fait mention. Stobée la rapporte également, ajoutant que quelqu'un conseillait à Hippocrate de se rendre auprès du roi de Perse, parce que c'était un bon prince, et que le médecin lui répondit en homme libre: Je n'ai pas besoin d'un bon maître. (Sprengel, loc. cit.)

UVA. BHSC LEG.08-1 n°0597



*UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0597*

*UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0597*

*UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0597*

*UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0597*